

de S. Pedro, su primer pastor despues de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia. Dijo-me grandezas de la siempre Virgen Maria reina de los cielos y señora de los ángeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo, y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo por parecerme que las dichas bastan para que entendais que soy católica cristiana. Yo simple y compasiva le entregué un alma rústica, y él (merced á los cielos) me la ha vuelto discreta y cristiana: entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia á nadie, y deste entrego resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero; en veces le traje alguna cantidad de oro de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el día, que ha de ser tan dichoso, que nos saque desta prision, y nos lleve adonde con libertad y certeza y sin escrúpulo seamos unos de los del rebaño de Cristo, en quien adoro, en aquella cruz que allí veis. Esto que he dicho me pareció á mí era lo que le faltaba por decir á mi señor Antonio, que así se llamaba el español bárbaro, el cual dijo: Dices verdad, Riela mia, que este era el propio nombre de la bárbara, con cuya variable historia admiraron á los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron, y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima á las dos bárbaras, madre y hija.

El mozo bárbaro, que tambien como su padre se llamaba Antonio, dijo á esta sazón no ser bien estar allí ociosos, sin dar traza y orden como salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla, que á mas andar ardia, sobrepujase las altas sierras, ó traídas del viento cayesen en aquel sitio, todos se abrasarian. Dices verdad, hijo, respondió el padre. Soy de parecer, dijo Riela, que aguardemos dos días, porque de una isla que está tan cerca desta, que algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzó la vista á verla, della vienen á esta sus moradores á vender y á trocar lo que tienen con lo que tenemos, y á trueco por trueco. Yo saldré de aquí, y pues ya no hay nadie que me escuche ó que me impida, pues ni oyen ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca, por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo de la riguridad del fuego; pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes á defender que no entre agua por los costados; pero á lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras barcas, que suelen llegar á nuestras riberas á vender doncellas ó varones para la vana supersticion que habréis oído decir que en esta isla há muchos tiempos que se acostumbra: por donde vengo á entender que estas tales barcas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dicen que suceden á cada paso. A lo que añadió Periandro: ¿No ha usado el señor Antonio deste remedio en tantos años como há que está aquí encerrado? No, respondió Riela; porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar excusa que dar para la compra. Así es, dijo Anto-

nio, y no por no fiarme de la debilidad de los bajeles; pero agora que me ha dado el cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Riela estará atenta á ver cuando vengan los mercaderes de la otra isla, y sin reparar en precio comprará una barca con todo el necesario matalaje, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolución, todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el fuego habia hecho y las armas: vieron mil diferentes géneros de muertes de quien la cólera, sinrazon y enojo suelen ser inventores: vieron asimismo, que los bárbaros que habian quedado vivos, recogiendo á sus balsas, desde léjos estaban mirando el riguroso incendio de su patria, y algunos se habian pasado á la isla, que servia de prision á los cautivos. Quisiera Auristela que pasaran á la isla, á ver si en la oscura mazmorra quedaban algunos; pero no fué menester, porque vieron venir una balsa, y en ella hasta veinte personas, cuyo traje dió á entender ser los miserables que en la mazmorra estaban. Llegaron á la marina, besaron la tierra y casi dieron muestras de adorar el fuego, por haberles dicho el bárbaro que los sacó del calabozo oscuro, que la isla se abrasaba, y que ya no tenían que temer á los bárbaros. Fuéron recibidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que le fué posible; algunos contaron sus miserias, y otros les dejaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas. Riela se admiró de que hubiese habido bárbaro tan piadoso que los sacase, y de que no hubiesen pasado á la isla de la prision parte de aquellos que á las balsas se habian recogido; uno de los prisioneros dijo, que el bárbaro que los habia libertado (en lengua italiana) les habia dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejándoles que pasasen á ella á satisfacerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarian, y que él vendria en otra balsa, que allá quedaba, á tenerles compañía, y á dar traza en su libertad.

Los sucesos que contaron fueron tan diferentes, tan extraños y tan desdichados, que unos les sacaban las lágrimas á los ojos, y otros la risa del pecho. En esto vieron venir hácia la isla hasta seis barcas, de aquellas de quien Riela habia dado noticia: hicieron escala, pero no sacaron mercadería alguna, por no parecer bárbaro que la comprase. Concertó Riela todas las barcas con las mercancías, sin tener intencion de llevarlas; no quisieron venderle sino las cuatro, porque les quedasen dos para volverse: hizose el precio con liberalidad notable, sin que en él hubiese tanto mas cuanto. Fué Riela á su cueva, y en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron: dieron dos barcas á los que habian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron: en la una todos los bastimentos que pudieron recoger, con cuatro personas de las recién libres, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre y Antonio el hijo con la hermosa Riela y la discreta Transila, y la gallarda Constanza hija de Riela y de Antonio: quiso Auristela ir á despedirse de los huesos de su querida Cloelia, acompañáronla todos, horó sobre la sepultura, y entre lágrimas de tristeza, y entre muestras de alegría volvieron á embarcarse, habiendo primero en la marina hincándose de rodillas, y suplicado al cielo con tierna y devota oracion les diese feliz viaje, y los enseñase el camino que tomarian. Sirvió la barca de Perian-

dro de capitana, á quien siguieron los demas, y al tiempo que querian dar los remos al agua, porque velas no las tenían, llegó á la orilla del mar un bárbaro gallardo, que á grandes voces en lengua toscana dijo: Si por ventura sois cristianos los que vais en esas barcas, recoged á este que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplica. Uno de las otras barcas dijo: Este bárbaro, señores, es el que nos sacó de la mazmorra; si quereis corresponder á la bondad que parece que teneis (y esto encaminando su plática á los de la barca primera), bien será que le pagueis el bien que nos hizo, con el que le haceis recogiendo en nuestra compañía. Oyendo lo cual Periandro, le mandó llegase su barca á tierra y le recogiese en la que llevaba los bastimentos: hecho este alzaron las voces con alegres acentos, y tomando los remos en las manos dieron alegre principio á su viaje.

CAPITULO VII.

Navegan desde la isla bárbara á otra isla que descubrieron.

Cuatro millas poco mas ó ménos habrian navegado las cuatro barcas, cuando descubrieron una poderosa nave, que con todas las velas tendidas y viento en popa, parecia que venia á embestirles. Periandro dijo, habiéndola visto: Sin duda este navío debe ser el de Arnaldo, que vuelve á saber de mi suceso, y tuviéralo yo por muy bueno agora no verle. Habia ya contado Periandro á Auristela todo lo que con Arnaldo le habia pasado, y lo que entre los dos dejaron concertado. Turbóse Auristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien habia dicho, aunque breve y sucintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le habia acontecido: no quisiera ver juntos á los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo y de Periandro, todavia el temor de que podia ser descubierto el parentesco, la fatigaba, y mas que ¿quién le quitaría á Periandro no estar celoso, viendo á los ojos tan poderoso contrario? que no hay discrecion que valga, ni amorosa fe que asegure el enamorado pecho, cuando por su desventura entran en él celosas sospechas; pero de todas estas le aseguró el viento, que volvió en un instante el soplo, que daba de lleno y en popa á las velas en contrario, de modo que á vista suya y en un momento breve dejó la nave derribar las velas de alto abajo, y en otro instante, casi invisible, las izaron y levantaron hasta las gaviatas, y la nave comenzó á correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongándose de las barcas con toda priesa.

Respiró Auristela, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demas que en las barcas iban quisieran mudarlas, entrándose en la nave, que por su grandeza mas seguridad de las vidas y mas felice viaje pudiera prometerles. En ménos de dos horas se les encubrió la nave, á quien quisieran seguir si pudieran; mas no les fué posible, ni pudieron hacer otra cosa que encaminarse á una isla, cuyas altas montañas cubiertas de nieve hacian parecer que estaba cerca, distando de allí mas de seis leguas. Cerraba la noche algun tanto oscura, picaba el viento largo y en popa, que fué mucho alivio á los brazos, que volviendo á tomar los remos, se dieron priesa á tomar la isla. La media noche sería, segun el tanteo que el bárbaro Antonio hizo del norte y de las guardas, cuando llegaron á ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideracion, die-

ron con las barcas en tierra, y á fuerza de brazos las vararon.

Era la noche fria de tal modo, que les obligó á buscar reparos para el hielo, pero no hallaron ninguno: ordenó Periandro que todas las mujeres se entrasen en la barca capitana, y apiñándose en ella, con la compañía y estrechez templasen el frio: hizose así, y los hombres hicieron cuerpo de guarda á la barca, paseándose como centinelas de una parte á otra, esperando el día para descubrir en qué parte estaban, porque no pudieron saber por entónces si era ó no despoblada la isla; y como es cosa natural que los cuidados destierren el sueño, ninguno de aquella cuidadosa compañía pudo cerrar los ojos; lo cual visto por el bárbaro Antonio, dijo al bárbaro italiano que para entretener el tiempo, y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche, fuese servido de entretenerles contándoles los sucesos de su vida, porque no podian dejar de ser peregrinos y raros, pues en tal traje y en tal lugar le habian puesto. Haré yo eso de muy buena gana, respondió el bárbaro italiano, aunque temo que por ser mis desgracias tantas, tan nuevas y tan extraordinarias, no me habeis de dar crédito alguno. A lo que dijo Periandro: En las que á nosotros nos han sucedido nos hemos ensayado y dispuesto á creer cuantas nos contaren, puesto que tengan mas de lo imposible que de lo verdadero. Lleguémonos aquí, respondió el bárbaro, al borde desta barca, donde están estas señoras, quizá alguna al son de la voz de mi cuento se quedará dormida, y quizá alguna, desterrando el sueño, se mostrará compasiva; que es alivio al que cuenta sus desventuras ver ó oír que hay quien se duela dellas. A lo ménos por mí, respondió Riela de dentro de la barca y á pesar del sueño, tengo lágrimas que ofrecer á la compasion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas: casi lo mismo dijo Auristela, y así todos rodearon la barca, y con atento oído estuvieron escuchando lo que el que parecia bárbaro decia, el cual comenzó su historia desta manera.

CAPITULO VIII.

Donde Rutilio da cuenta de su vida.

Mi nombre es Rutilio, mi patria Sena, una de las mas famosas ciudades de Italia, mi oficio maestro de danzar, único en él, y venturoso, si yo quisiera. Habia en Sena un caballero rico, á quien el cielo dió una hija mas hermosa que discreta, á la cual trató de casar su padre con un caballero florentin, y por entregársela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban, quiso que yo la enseñase á danzar; que la gentileza, gallardía y disposicion del cuerpo en los bailes honestos mas que en otros pasos se señalan, y á las damas principales les está muy bien saberlos, para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré á enseñarla los movimientos del cuerpo; pero movióla los del alma, pues como no discreta, como he dicho, rindió la suya á la mia; y la suerte, que de corriente larga traia encaminadas mis desgracias, hizo que para que los dos nos gozásemos, yo la sacase de casa de su padre, y la llevase á Roma; pero como el amor no da baratos sus gustos, y los delitos llevan á las espaldas el castigo (pues siempre se teme), en el camino nos prendieron á los dos, por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confesion y la mia, que fué decir que yo llevaba á mi

esposa y ella se iba con su marido, no fué bastante para no agravar mi culpa, tanto que obligó al juez, movió y convenció á sentenciarme á muerte.

Apartáronme en la prision con los ya condenados á ella por otros delitos no tan honrados como el mio. Visitóme en el calabozo una mujer, que decían estaba presa por *fatucherie*, que en castellano se llaman *hechiceras*, que la alcaidesa de la cárcel habia hecho soltar de las prisiones, y llevádola á su aposento, á título de que con yerbas y palabras habia de curar á una hija suya de una enfermedad que los médicos no acertaban á curarla. Finalmente, por abreviar mi historia, pues no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo lo parezca; viéndome yo atado, y con el cordel á la garganta, sentenciado al suplicio, sin orden ni esperanza de remedio, dí el sí á lo que la hechicera me pidió, de ser su marido, si me sacaba de aquel trabajo. Díjome que no tuviese pena, que aquella misma noche del día que sucedió esta plática ella rompería las cadenas y los cepos, y á pesar de otro cualquier impedimento me pondría en libertad y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos, aunque fuesen muchos y poderosos. Túvela no por hechicera, sino por ángel que enviaba el cielo para mi remedio; esperé la noche, y en la mitad de su silencio llegó á mí, y me dijo que asiese de la punta de una caña, que me puso en la mano, diciéndome la siguiese: turbéme algun tanto; pero como el interes era tan grande, moví los pies para seguirla, y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de todo la prision de par en par abiertas, y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados. En saliendo á la calle tendió en el suelo mi guadora un manto, y mandóme que pusiese los pies en él; me dijo que tuviese buen ánimo, que por entónces dejase mis devociones: luego vi mala señal, luego conocí que queria llevarme por los aires, y aunque como cristiano bien enseñado tenia por burla todas estas hechicerías (como es razon que se tengan), todavía el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dejó atropellar por todo, y en fin puse los pies en la mitad del manto, y ella ni mas ni ménos, murmurando unas razones que yo no pude entender, y el manto comenzó á levantarse en el aire, y yo comencé á temer poderosamente, y en mi corazon no tuvo santo la letanía á quien no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo, y presentir mis rogativas, y volviómelo á mandar que las dejase. Desdichado de mí, dije, ¿qué bien puedo esperar, si se me niega el pedirle á Dios, de quien todos los bienes vienen? En resolución, cerré los ojos y dejéme llevar de los diablos, que no son otras las postas de las hechiceras, y al parecer, cuatro horas ó poco mas habia volado, cuando me hallé al crepúsculo del día en una tierra no conocida.

Tocó el manto el suelo, y mi guadora me dijo: En parte estás, amigo Rutilio, que todo el género humano no podrá ofenderte; y diciendo esto, comenzó á abrazarme no muy honestamente: apartéla de mí con los brazos, y como mejor pude divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya vision me heló el alma, me turbó los sentidos, y dió con mi mucho ánimo al traves; pero como suele acontecer que en los grandes peligros la poca esperanza de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mias me pusieron en la mano un cuchillo, que acaso en el seno traía, y con furia y rabia se le hiqué por el pecho á la que pensé ser loba, la cual

cayendo en el suelo perdió aquella fea figura, y hallé muerta y corriendo sangre á la desventurada encantadora.

Considerad, señores, cuál quedaria yo en tierra no conocida, y sin persona que me guiase. Estuve esperando el día muchas horas, pero nunca acababa de llegar, ni por los horizontes se descubria señal de que el sol viniese: apartéme de aquel cadáver, porque me causaba horror y espanto el tenerle cerca de mí; volvía muy á menudo los ojos al cielo, contemplaba el movimiento de las estrellas, y parecíame, según el curso que habian hecho, que ya habia de ser de día. Estando en esta confusión, oí que venía hablando por junto de donde estaba alguna gente, y así fué verdad, y saliéndoles al encuentro, les pregunté en mi lengua toscana, que me dijese qué tierra era aquella; y uno dellos asimismo en italiano me respondió: Esta tierra es Noruega: pero ¿quién eres tú, que lo preguntas, y en lengua que en estas partes hay muy pocos que la entiendan? Yo soy, respondí, un miserable que por huir de la muerte he venido á caer en sus manos; y en breves razones le dí cuenta de mi viaje, y aun de la muerte de la hechicera: mostró condolerse el que me hablaba, y díjome: Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al cielo por haberte librado del poder destas maléficas hechiceras, de las cuales hay mucha abundancia en estas setentrionales partes. Cuéntase dellas que se convierten en lobos, así machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficos y encantadores. Cómo esto pueda ser yo lo ignoro, y como cristiano que soy católico, no lo creo; pero la experiencia me muestra lo contrario; lo que puedo alcanzar es, que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio, y permission de Dios, y castigo de los abominables pecados deste maldito género de gente. Preguntéle qué hora podria ser, porque me parecia que la noche se alargaba, y el día nunca venía. Respondióme, que en aquellas partes remotas se repartía el año en cuatro tiempos: tres meses habia de noche oscura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna; y tres meses habia de crepúsculo del día, sin que bien fuese noche, ni bien fuese día: otros tres meses habia de día claro continuado, sin que el sol se escondiese, y otros tres de crepúsculo de la noche, y que la sazón en que estaban era la del crepúsculo del día: así que esperar la claridad del sol por entónces era esperanza vana, y que tambien lo sería esperar yo volver á mi tierra tan presto, sino fuese cuando llegase la sazón del día grande, en la cual parten navios destas partes á Ingalaterra, Francia y España con algunas mercancías. Preguntóme si tenia algun oficio en que ganar de comer, mientras llegaba tiempo de volverme á mi tierra. Díjele que era bailarín y grande hombre de hacer cabriolas, y que sabia jugar de manos sutilísimamente. Rióse de gana el hombre, y me dijo que aquellos ejercicios, ó oficios (ó como llamarlos quisiese) no corrían en Noruega ni en todas aquellas partes. Preguntóme si sabia oficio de orífice. Díjele que tenia habilidad para aprender lo que me enseñase: pues venios, hermano, conmigo, aunque primero será bien que demos sepultura á esta miserable. Hicimoslo así, y llevóme á una ciudad, donde toda la gente andaba por las calles con paños de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba. Preguntéle en el camino, que cómo ó cuándo habia venido á aquella tierra, y que si era ver-

daderamente italiano. Respondió que unos de sus pasados abuelos se habia casado en ella viniendo de Italia á negocios que le importaban, y á los hijos que tuvo les enseñó su lengua, y de uno en otro se extendió por todo su linaje, hasta llegar á él, que era uno de sus cuartos nietos, y así como vecino y morador tan antiguo, llevado de la afición de sus hijos y mujer, se habia quedado hecho carne y sangre entre esta gente, sin acordarse de Italia, ni de los parientes que allá dijeron sus padres que tenían. Contar yo ahora la casa donde entré, la mujer é hijos que hallé, y criados (que tenia muchos), el gran caudal, el recebimiento y agasajo que me hicieron, sería proceder en infinito: basta decir en suma, que yo aprendí su oficio, y en pocos meses ganaba de comer por mi trabajo.

En este tiempo se llegó el de llegar el día grande, y mi amo y maestro (que así le puedo llamar) ordenó de llevar gran cantidad de su mercancía á otras islas por allí cercanas, y á otras bien apartadas: fuíme con él, así por curiosidad como por vender algo que ya tenia de caudal, en el cual viaje vi cosas dignas de admiración y espanto, y otras de risa y contento: noté costumbres, advertí en ceremonias no vistas, y de ninguna otra gente usadas: en fin, á cabo de dos meses corrimos una borrasca, que nos duró cerca de cuarenta días, al cabo de los cuales dimos en esta isla, de donde hoy salimos, entre unas peñas, donde nuestro bajel se hizo pedazos, y ninguno de los que en él venían quedó vivo, sino yo.

CAPITULO IX.

Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.

Lo primero que se me ofreció á la vista, ántes que viese otra cosa alguna, fué un bárbaro pendiente y ahorcado de un árbol, por donde conocí que estaba en tierra de bárbaros salvajes, y luego el miedo me puso delante mil géneros de muertes, y no sabiendo qué hacerme, alguna ó todas juntas las temía y las esperaba: en fin, como la necesidad, según se dice, es maestra de sutillar el ingenio, dí en un pensamiento harto extraordinario, y fué, que descolgué al bárbaro del árbol, y habiéndome desnudado de todos mis vestidos, que enterré en la arena, me vestí de los suyos, que me vinieron bien, pues no tenían otra hechura que ser de pieles de animales, no cosidos, ni cortados á medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo habeis visto; para disimular la lengua, y que por ella no fuese conocido por extranjero, me fingí mudo y sordo, y con esta industria me entré por la isla adentro, saltando y haciendo cabriolas en el aire.

A poco trecho descubrí una gran cantidad de bárbaros, los cuales me rodearon, y en su lengua unos y otros, con gran priesa me preguntaron (á lo que despues acá he entendido) quién era, cómo me llamaba, adónde venía y adónde iba. Respondíles con callar, y hacer todas las señales de mudo mas aparentes que pude, y luego reiteraba los saltos y menudeaba las cabriolas. Salíme de entré ellos, siguiéronme los muchachos, que no me dejaban adonde quiera que iba: con esta industria pasé por bárbaro y por mudo, y los muchachos, por verme saltar y hacer gestos, me daban de comer de lo que tenían: desta manera he pasado tres años entre ellos, y aun pasara todos los de mi vida, sin ser conocido. Con la atención y curiosidad noté su lengua, y aprendí mucha parte della, supe la profecía que de la duración de

su reino tenia profetizada un antiguo y sabio bárbaro, á quien ellos daban gran crédito: he visto sacrificar algunos varones para hacer la experiencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas doncellas para el mismo efecto, hasta que sucedió el incendio de la isla, que vosotros, señores, habeis visto; guardéme de las llamas, fuí á dar aviso á los prisioneros de la mazmorra, donde vosotros sin duda habeis estado: vi estas barcas, acudí á la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogistesme en ellas, por lo que os doy infinitas gracias, y agora espero en la del cielo, que pues nos sacó de tanta miseria á todos, nos ha de dar en este que pretendemos, felicísimo viaje.

Aquí dió fin Rutilio á su plática, con que dejó admirados y contentos á los oyentes; llegóse el día áspero, turbio y con señales de nieve muy ciertas. Dióle Auristela á Periandro lo que Cloelia le habia dado la noche que murió, que fuéron dos pelotas de cera, que la una, como se vió, cubria una cruz de diamantes tan rica, que no acertaron á estimarla por no agraviar su valor; y la otra dos perlas redondas, asimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Auristela y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su gentil disposicion y agradable trato. El bárbaro Antonio, viniendo el día, se entró un poco por la isla, pero no descubrió otra cosa que montañas y sierras de nieve; y volviendo á las barcas, dijo que la isla era despoblada, y que convenia partirse de allí luego á buscar otra parte donde recogerse del frio que amenazaba, y proveerse de los mantenimientos que presto les harian falta. Echaron con presteza las barcas al agua, embareáronse todos, y pusieron las proas en otra isla, que no léjos de allí se descubria: en esto, yendo navegando, con el espacio que podian prometer dos remos, que no llevaba mas cada barca, oyeron que de la una de las otras dos salia una voz blanda, suave, de manera que les hizo estar atentos á escuchalla. Notaron, especialmente el bárbaro Antonio, el padre, que notó que lo que se cantaba era en lengua portuguesa, que él sabia muy bien. Calló la voz, y de allí á poco volvió á cantar en castellano, y no á otro tono de instrumentos, que al de remos que sesgamente por el tranquilo mar las barcas impelían, y notó que lo que cantaron fué esto:

Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
Camino aunque no usado, alegre y cierto.
Al hermoso, al seguro, al capaz puerto,
Llevan la nave vuestra única y rara.

En Scillas, ni en Caribdis no repara,
Ni en peligro que el mar tenga encubierto,
Siguiendo su derrota al descubierta,
Que limpia honestidad su curso para.

Con todo, si os faltare la esperanza
De llegar á este puerto, no por eso
Gireis las velas, que será simpleza.

Que es enemigo amor de la mudanza,
Y nunca tuvo prospero suceso
El que no se quillata en la firmeza.

La bárbara Ricla dijo en callando la voz: Despacio debe de estar y ocioso el cantor que en semejante tiempo da su voz á los vientos; pero no lo juzgaron así Periandro y Auristela, porque le tuvieron por mas enamorado que ocioso al que cantado habia: que los enamorados fácilmente reconcilian los ánimos, y traban amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad; y

así con licencia de los demás que en su barca venían, aunque no fuera menester pedirla, hizo que el cantor se pasase á su barca, así por gozar de cerca de su voz, como saber de sus sucesos, porque persona que en tales tiempos cantaba, ó sentía mucho, ó no tenía sentimiento alguno. Juntáronse las barcas, pasó el músico á la de Periandro, y todos los de ella le hicieron agradable recogida: entrando el músico, en medio portugués y en medio castellano dijo: Al cielo y á vosotros, señores, y á mi voz agradezco esta mudanza y esta mejora de navío: aunque creo que con mucha brevedad le dejaré libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que siento en el alma me van dando señales de que tengo la vida en sus últimos términos. Mejor lo hará el cielo, respondió Periandro, que pues yo soy vivo, no habrá trabajos que puedan matar á alguno. No sería esperanza aquella, dijo á esta sazón Auristela, á que pudiesen contrastar y derribar infortunios, pues así como la luz resplandece mas en las tinieblas, así la esperanza ha de estar mas firme en los trabajos; que el desesperarse en ellos es acción de pechos cobardes, y no hay mayor pusilanimidad ni bajeza que entregarse el trabajado (por mas que lo sea) á la desesperación. El alma ha de estar, dijo Periandro, el un pié en los labios y el otro en los dientes, si es que hablo con propiedad, y no ha de dejar de esperar su remedio, porque sería agraviar á Dios, que no puede ser agravado, poniendo tasa y coto á sus infinitas misericordias. Todo es así, respondió el músico, y yo lo creo, á despecho y pesar de las experiencias que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas.

No por estas pláticas dejaban de bogar, de modo que ántes de anochecer con dos horas llegaron á una isla también despoblada, aunque no de árboles, porque tenía muchos y llenos de fruto, que aunque pasado de sazón y seco, se dejaba comer: saltaron todos en tierra, en la cual vararon las barcas, y con gran prisa se dieron á desgajar árboles, y hacer una gruesa barraca para defenderse aquella noche del frío: hicieron asimismo fuego, ludiendo dos secos palos, el uno con el otro, artificio tan sabido como usado; y como todos trabajaban, en un punto se vió levantada la pobre máquina, donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciéndoles aquella choza dilatado alcázar. Satisficieron la hambre, y acomodáronse á dormir luego, si el deseo que Periandro tenía de saber el suceso del músico no le estorbara, porque le rogó si era posible les hiciese sabidores de sus desgracias, pues no podían ser venturas las que en aquellas partes le habían traído. Era cortés el cantor, y así, sin hacerse de rogar, dijo.

CAPITULO X.

De lo que contó el enamorado portugués.

Con mas breves razones de las que sean posibles, daré fin á mi cuento, con darle al de mi vida, si es que tengo de dar crédito á cierto sueño que la pasada noche me turbó el alma.

Yo, señores, soy portugués de nación, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza: mi nombre es Manuel de Sosa Coutiño, mi patria Lisboa y mi ejercicio el de soldado: junto á la casa de mis padres, casi pared en medio, estaba la de otro caballero del antiguo linaje de los Pereiras, el cual te-

nia sola una hija, única heredera de sus bienes, que eran muchos, báculo y esperanza de la prosperidad de sus padres, la cual por el linaje, por la riqueza y por la hermosura era deseada de todos los mejores del reino de Portugal; y yo, que como mas vecino de su casa, tenía mas comodidad de verla, la miré, la conocí y la adoré con una esperanza mas dudosa que cierta, de que podría ser viniere á ser mi esposa; y por ahorrar de tiempo y por entender que con ella habían de valer poco requiebros, promesas ni dádivas, determiné de que un pariente mio se la pidiese á sus padres para esposa mía, pues ni en el linaje, ni en la hacienda, ni aun en la edad diferenciábamos en nada. La respuesta que trajo fué, que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse, que dejase pasar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo sin hacerme sabidor dello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia y en el escudo de la esperanza; pero no dejé por esto de servirla públicamente á sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella retirada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres admitía mis servicios, y daba á entender, que si no los agradecía con otros, por lo ménos no los desestimaba.

Sucedió que en este tiempo mi rey me envió por capitán general á una de las fuerzas que tiene en Berbería, oficio de calidad y de confianza: llegóse el día de mi partida, y pues en él no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que mate, ni dolor que consuma; hablé á su padre, hícele que me volviese á dar la palabra de la espera de los dos años, túvome lástima, porque era discreto, y consintió que me despidiese de su mujer y de su hija Leonora, la cual, en compañía de su madre, salió á verme á una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardía y el silencio. Pasméme cuando vi tan cerca de mí tanta hermosura; quise hablar, y añudóseme la voz á la garganta y pegóseme al paladar la lengua, y no supe ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbación, la cual vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo, y dijo: Nunca, señor Manuel de Sosa, los días de partida dan licencia á la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su favor de vuesa merced mas que alguna otra retórica: vuesa merced vaya á ejercer su cargo, y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocare á servirle; Leonora mi hija es obediente, y mi mujer desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho; que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que desea.

Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impresas de tal manera, que no se me han olvidado ni se me olvidarán en tanto que la vida me durare: ni la hermosa Leonora ni su madre me dijeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna: partíme á Berbería, ejercité mi cargo con satisfacción de mi rey, dos años; volví á Lisboa, hallé que la fama y hermosura de Leonora había salido ya de los límites de la ciudad y del reino, y extendiéndose por Castilla y otras partes, de las cuales venían embajadas de príncipes y señores que la pretendían por esposa; pero como ella tenía la voluntad tan sujeta á la de sus padres, no miraba si era ó no

solicitada. En fin, viendo yo pasado el término de los dos años, volví á suplicar á su padre me la diese por esposa: ¡ay de mí, que no es posible que me detenga en estas circunstancias! porque á las puertas de mi vida está llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras, que si así fuese no las tendría yo por tales: finalmente, un día me avisaron que para un domingo venidero me entregarían á mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento; convidé á mis parientes, llamé á mis amigos, hice galas, envié presentes con todos los requisitos que pudiesen mostrar ser yo el que me casaba, y Leonora la que había de ser mi esposa.

Llegóse este día, y yo fui acompañado de todo lo mejor de la ciudad á un monasterio de monjas que se llaman de la Madre de Dios, adonde me dijeron que mi esposa desde el día de ántes me esperaba, que había sido su gusto que en aquel monasterio se celebrase su desposorio con licencia del arzobispo de la ciudad. Detúvose algun tanto el lastimado caballero, como para tomar aliento de proseguir su plática, y luego dijo: Llegué al monasterio, que real y pomposamente estaba adornado: salieron á recibirme casi toda la gente principal del reino, que allí aguardándose estaba con infinitas señoras de la ciudad, de las mas principales: hundíase el templo de música, así de voces como de instrumentos, y en esto salió por la puerta del claustro la sin par Leonora, acompañada de la priora y de otras muchas monjas, vestida de raso blanco acuchillado con saya entera á lo castellano, tomadas las cuchilladas con ricas y gruesas perlas; venía aferrada la saya en tela de oro verde, traía los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios que deslumbaban los del sol, y tan luengos que casi besaban la tierra; la cintura, collar y anillos que traía, opiniones hubo que valían un reino; tornó á decir, que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda y tan ricamente compuesta y adornada, que causó invidia en las mujeres y admiración en los hombres: de mí sé decir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla, por parecerme que la agravíaba, aunque yo fuera el emperador del mundo.

Estaba hecho un modo de teatro en mitad del cuerpo de la iglesia, donde desenfadadamente y sin que nadie lo empachase se había de celebrar nuestro desposorio: subió en él primero la hermosa doncella, donde al descubierta mostró su gallardía y gentileza. Pareció á todos los ojos que la miraban lo que suele parecer la bella aurora al despuntar del día, ó lo que dicen las antiguas fábulas que parecía la casta Diana en los bosques, y algunos creo que hubo tan discretos que no la acertaron á comparar sino á sí misma: subí yo al teatro, pensando que subía á mi cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi di demostración de adorarla. Alzóse una voz en el templo procedida de otras muchas, que decía: Vivid felices y luengos años en el mundo, ó dichosos y bellísimos amantes; coronen presto hermosísimos hijos vuestra mesa, y á largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos; no sepan los rabiosos celos ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos; ríndase la invidia á vuestros piés, y la buena fortuna no acierte á salir de vuestra casa. Todas estas razones y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con qué gusto general llevaba el pueblo mi ventura: en esto la

hermosa Leonora me tomó por la mano, y así en pié como estábamos, alzando un poco la voz, me dijo: Bien sabéis, señor Manuel de Sosa, cómo mi padre os dió palabra que no dispondría de mi persona en dos años, que se habían de contar desde el día que me pedistes fuese yo vuestra esposa, y también, si mal no me acuerdo, os dije yo, viéndome acosada de vuestra solicitud y obligada de los infinitos beneficios que me habeis hecho, mas por vuestra cortesía que por mis merecimientos, que yo no tomaría otro esposo en la tierra sino á vos: esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habeis visto, y yo os quiero cumplir la mía, como veréis; y así porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos, tienen un no sé qué de traición cuando se dilatan y entretienen, quiero, del que os parecerá que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mio, soy casada, y en ninguna manera siendo mi esposo vivo, puedo casarme con otro; yo no os dejo por ningún hombre de la tierra, sino por uno del cielo, que es Jesucristo, Dios y hombre verdadero: él es mi esposo, á él le di la palabra primero que á vos, á él sin engaño y de toda mi voluntad, y á vos con disimulación y sin firmeza alguna: yo confieso que para escoger esposo en la tierra ninguno os pudiera igualar, pero habiéndole de escoger en el cielo, ¿quién como Dios? Si esto os parece traición ó descomedido trato, dadme la pena que quisiéredes y el nombre que se os antojare, que no habrá muerte, promesa ó amenaza que me aparte del Crucificado esposo mio. Calló, y al mismo punto la priora y las otras monjas comenzaron á desnudarla y á cortarle la preciosa madeja de sus cabellos: yo enmudecí, y por no dar muestra de flaqueza tuve cuenta con reprimir las lágrimas que me venían á los ojos, y hincándome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza la besé la mano, y ella cristianamente compasiva me echó los brazos al cuello: alcéme en pié, y alzando la voz de modo que todos me oyesen, dije: *Maria optimam partem elegit*; y diciendo esto me bajé del teatro, y acompañado de mis amigos me volví á mi casa, donde yendo y viniendo con la imaginación en este extraño suceso, vine casi á perder el juicio, y ahora por la misma causa vengo á perder la vida; y dando un gran suspiro, se le salió el alma, y dió consigo en el suelo.

CAPITULO XI.

Llegan á otra isla, donde hallan buen acogimiento.

Acudió con presteza Periandro á verle, y halló que había espirado de todo punto, dejando á todos confusos y admirados del triste y no imaginado suceso. Con este sueño, dijo á esta sazón Auristela, se ha excusado este caballero de contarnos qué le sucedió en la pasada noche, los trances por donde vino á tan desastrado término, y á la prisión de los bárbaros, que sin duda debían de ser casos tan desesperados como peregrinos. A lo que añadió el bárbaro Antonio: Por maravilla hay desdichado que solo lo sea en sus desventuras: compañeros tienen las desgracias, y por aquí ó por allí, siempre son grandes, y entónces lo dejan de ser cuando acaban con la vida del que las padece: dieron luego orden de enterralle como mejor pudieron, sirvióle de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieve y de cruz la que le hallaron en el pecho en un escapulario, que era la de Cristo, por ser caballero de su hábito; y no fuera menester hallarle esta